

CLÁSICOS
A MEDIDA



Mitos griegos

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



Mitos griegos

Adaptación de Toni Llacay
Ilustraciones de Andrea de Castro

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Mitos griegos*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Toni Llacay, 2025

© De la ilustración: Andrea de Castro, 2025

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Director editorial: Pablo Cruz

Edición: Rocío Alarcos

Asistente editorial: Mercedes González Grande

Primera edición, febrero 2025



ISBN: 978-84-143-4259-6

Depósito legal: M-25632-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

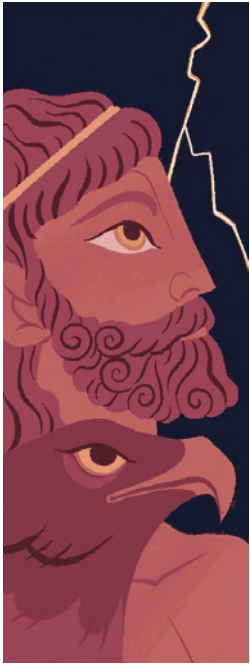
Introducción	5
Zeus, el rey del Olimpo	17
Afrodita, la diosa del amor, y sus amores	21
Atenea, la diosa nacida de un varón	27
El rapto de Persefone, o el origen de las cuatro estaciones	29
Prometeo, defensor de la humanidad	33
La caja de Pandora, o el inicio de todos los males	37
Perseo y Medusa	39
Hércules y los doce trabajos	45
Jasón y los argonautas. La mayor reunión de heroes nunca vista	65
Orfeo y Eurídice. Hasta el infierno por amor	79
Teseo, el héroe ateniense	83
Faetón, el hijo imprudente	93
Orión, el cazador cazado	97
El rapto de Europa	101
Ganímedes, el copero de Zeus	103
Apolo y Dafne, o amor no correspondido	105
Sísifo y el castigo por engañar a los dioses	109

El origen de la guerra de Troya. Tres diosas y una manzana	113
Aquiles y su talón	119
Ulises y Polifemo	125
Ulises y la hechicera Circe	129
Ulises y el canto de las sirenas	133
El retorno de Ulises a Ítaca. Hogar, dulce hogar	137
Edipo, el rey maldito	143
Dédalo y el primer vuelo humano	147
El rey Midas, o no es oro todo lo que reluce	151
Eros y Psique. El amor siempre vence	155
Belerofonte y la quimera	161
Electra y Orestes. ¿Una venganza justa?	165
Narciso, o cómo enamorarse de uno mismo	169
Atalanta, una mujer de armas tomar	173
Aracne, o cuando el orgullo es un mal consejero	179
Pigmalión, o cómo encontrar a la mujer de tus sueños	183
Apéndice	187

Mitos griegos



Zeus, el rey del Olimpo



Zeus era el rey de los dioses del Olimpo¹ y el más poderoso de todos. Divinidad de la luz, del rayo y del cielo. Para explicar sus orígenes debemos remontarnos a los inicios del universo.

En un principio solo existía el Caos. Gea, la madre Tierra, surgió del Caos y engendró a Urano, el Cielo. Como no había mucho más donde elegir, Urano y Gea se unieron y tuvieron una larga descendencia: titanes, cíclopes y hecatonquiros. Los titanes eran divinidades de tamaño descomunal anteriores a los dioses del Olimpo; los cíclopes eran gigantes con un solo ojo en el centro de la frente, y los hecatonquiros eran unos gigantes con cien brazos y cincuenta cabezas. Ya fuera por el aspecto o porque no confiaba en ellos, Urano obligaba a Gea a esconder a sus hijos en el lugar más oscuro de

¹ El monte Olimpo es la montaña más alta de Grecia (2917 m), situado en la región de Tesalia. Se consideraba que en su cumbre vivían los principales dioses del panteón griego (Zeus, Hera, Poseidón, Afrodita, Ares, Atenea, Hermes, Apolo, Artemisa, Hefesto, Deméter y Hestia).

su vientre al nacer. Gea, como madre, no soportaba esta costumbre de su marido e instigó a sus descendientes a rebelarse. Solo uno aceptó el reto: Cronos, el más pequeño de todos. Con una hoz² que le había dado su madre le cortó por la noche los atributos sexuales a su propio padre. Al caer estos sobre el mar engendraron a la diosa Afrodita. De esta manera, Cronos se convirtió en el nuevo rey de las deidades. Se casó con su hermana Rea, una titánide, y tuvieron una larga descendencia. Como los padres de Cronos le habían predicho a este que sería destronado por uno de sus hijos, se iba zampando a sus retoños al poco de nacer. Cuando ya llevaba unos cuantos, Rea decidió actuar y planificó una artimaña: huyó con una excusa a Creta cuando estaba a punto de nacer su nuevo hijo, Zeus, y cuando regresó envolvió una piedra en pañales y se la dio a Cronos. Este se creyó que era su nueva criatura y se la zampó sin sospechar nada.

Zeus creció escondido en Creta. Cuando fue mayor, hizo que su padre tomara una droga que le había dado la titánide Metis. La sustancia le hizo vomitar y volvieron a ver la luz todos los hermanos de Zeus engullidos: Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón. Juntos, y liderados por Zeus, se enfrentaron a Cronos y a los titanes. Por consejo de Gea, su nieto más pequeño se fue al Tártaro para liberar a los cíclopes y los hecatonquiros, que Cronos había recluido en él. Agradecidos por su nueva libertad, le dieron a Zeus el rayo y el trueno, a Hades un casco que hacía invisible a quien lo llevara, y a Poseidón un tridente capaz de sacudir la tierra y los mares. Finalmente vencieron los nuevos dioses. Como estos instalaron su morada en el monte Olimpo, esta generación de divinidades es conocida como los dioses del Olimpo. Los tres hermanos varones se repartieron el universo a suertes. A Zeus le tocó el cielo,

² Hoz: instrumento para segar mieses y hierbas, con mango de madera y hoja curva.

a Poseidón los mares y a Hades el mundo subterráneo. La tierra quedó como un campo neutral.

A pesar de su victoria, los enfrentamientos no habían terminado. La diosa Gea no soportaba que sus hijos los titanes estuvieran todavía encerrados en el Tártaro, por eso convenció a los gigantes para luchar contra Zeus y sus aliados y conseguir su liberación.

Los gigantes surgieron de las gotas de sangre que se derramaron cuando Cronos mutiló a su padre. Su aspecto era aterrador y su fuerza descomunal. Aunque su origen era divino, eran mortales. Había una hierba mágica que era capaz de curarlos de las heridas, pero Zeus, que era conocedor de ello, la recogió toda antes de entrar en conflicto. Los gigantes amontonaron montañas una encima de la otra para llegar hasta el Olimpo. Tras una ardua batalla, conocida como Gigantomaquia, fueron repelidos. Zeus y su hija Atenea fueron los líderes de su bando, si bien todos los dioses participaron activamente.

La lucha más encarnizada en la que tomó parte Zeus fue la que le enfrentó a Tifón, el hijo menor de Gea y Tártaro, el dios de la parte más oscura del inframundo. Tifón era el más grande en tamaño y el más fuerte de todos los hijos de Gea. Era más alto que cualquier montaña y, en ocasiones, su cabeza rozaba el cielo. Cuando alargaba los brazos, uno llegaba a oriente y el otro a occidente. La mitad inferior de su cuerpo estaba rodeada de víboras y gracias a un par de alas podía volar. Para acabar de hacerlo más terrible, de sus ojos emanaban llamas de fuego.

Con este aspecto no es extraño que cuando los dioses lo vieron llegar al Olimpo, la mayoría se fueran a un lugar tan lejano como Egipto, ocultándose en el desierto. Atenea, diosa de la guerra, fue la única que se mantuvo fiel al lado de Zeus, su padre.

El rey de los dioses lanzó una batería de sus rayos contra Tifón, y cuando este se acercó lucharon cuerpo a cuerpo. El

enfrentamiento estaba muy igualado, pero Zeus cogió su hoz de acero y lo hirió. El monstruo huyó a su guarida subterránea.

Zeus persiguió al hijo de Gea hasta su morada creyendo que solo era cuestión de rematarlo. El monstruo estaba herido superficialmente y pudo responder al ataque de la divinidad de forma contundente. Lo inmovilizó con las serpientes que se arremolinaban en la mitad inferior de su cuerpo, le arrebató la hoz y le cortó los tendones de los brazos y de las piernas. Después lo cargó sobre sus hombros y se lo llevó, indefenso, hasta la región de Cilicia, donde lo dejó encerrado en una cueva. Los tendones los ocultó en una piel de oso y se los dejó a la dragona Delfine para que los custodiara.

Hermes, el dios mensajero, y su hijo Pan acudieron en ayuda de Zeus. Robaron los tendones sin que Delfine se diera cuenta y se los volvieron a colocar en su lugar. El rey del Olimpo recuperó sus fuerzas de inmediato. Cogió su carro alado y se dirigió al cielo para seguir el combate. Con sus rayos consiguió ahuyentar al monstruo, quien se dirigió hacia el monte Nisa, donde, según una leyenda, crecían unos frutos mágicos que acrecentaban la fuerza de quien los comía. Zeus salió en su persecución y lo alcanzó en Tracia, antes de que hubiera llegado a su objetivo. El monstruo le arrojó montañas para ganar tiempo, pero el dios las desintegraba con sus rayos. Tifón siguió huyendo, pero al llegar a Sicilia, Zeus cogió el monte Etna, se lo lanzó encima y lo aplastó. Las llamas del volcán Etna son los restos de los rayos con los que el rey de los dioses lo exterminó.

Tras esta gran victoria, su poder era incuestionable. A partir de entonces, solo tendría que intervenir para impartir justicia entre dioses, entre humanos y entre divinidades y personas. Y dedicarse a su actividad preferida: sus amoríos. La mayoría con mujeres, pero también algunos con hombres. Como es el caso del idilio que vivió con Ganímedes, el copero.

Afrodita, la diosa del amor, y sus amores



Afrodita era la diosa del amor, aunque su nacimiento no fue precisamente por amor. Su historia empieza con la relación entre dos divinidades primordiales, es decir, de los inicios de los tiempos. Su padre era Urano, el dios del cielo, y su madre Gea, la divinidad de la Tierra.

Urano era una deidad cruel y obligaba a su esposa a mantener prisioneros a los hijos de ambos, los titanes, dentro de su vientre. De esta manera creía que podría dominarlos y que nunca se rebelarían contra él. Gea sufría por ellos y deseaba poner fin a este maltrato. No quería traer más hijos al mundo si tenían que sufrir de ese modo. Por este motivo, les pidió auxilio. Todos se negaron menos el más pequeño, Cronos, la divinidad del tiempo. Armado con una hoz que le había dado su progenitora, le preparó una emboscada a su padre y le cortó los testículos.

Al caer los órganos sexuales al mar engendraron a la diosa Afrodita, cuyo nombre significa «nacida de la espuma». Surgió

del agua con cuerpo de mujer y montada en una concha marina gigante fue llevada por los céfiros, los vientos del oeste, a la isla griega de Citera. Después la condujeron a Chipre, donde las Horas, divinidades de las estaciones del año, la vistieron y acicalaron para conducirla después a la morada de los dioses, donde fue recibida como una de las doce divinidades principales del Olimpo.

Era tan bella que muchos dioses y humanos estaban deseosos de unirse en matrimonio con ella. Zeus resolvió que lo mejor era que se casase con Hefesto, la divinidad del fuego y de la forja, quien no destacaba por su belleza física y era cojo. Con esta decisión creía que zanjaría el tema de los pretendientes y complacería al dios herrero, quien se merecía tener un poco más de suerte de la que había tenido hasta el momento. Aún recordaba cómo al nacer del vientre de Hera, su propia madre lo vio tan deforme que lo arrojó del Olimpo.

No fue la elección que hubiera preferido Afrodita, pero, como no tenía problemas en conseguir amantes, tampoco le dio demasiada importancia. Su romance más sonado fue con Ares, el dios de la guerra. Se veían algunas noches y su pasión desenfrenada hacía el resto. No se ocultaban demasiado, lo que provocó que Helios los sorprendiera en una ocasión. El dios Sol informó a Hefesto de lo que había visto. Este se encerró en su taller y preparó una trampa para que todo el mundo supiera lo que sucedía: una red de caza de bronce tan fina que más bien parecía una telaraña, pero que a la vez tenía una resistencia fuera de lo habitual. La ató a los laterales de su cama matrimonial.

Cuando Afrodita volvió al Olimpo de uno de sus viajes para inculcar pasión y amor entre los humanos, se encontró con Hefesto, quien le dijo que quería tomarse unas pequeñas

vacaciones en la isla de Lemnos. Afrodita vio la oportunidad de quedar una noche más con Ares y le hizo avisar.

El dios de la guerra y la diosa del amor disfrutaron de una larga noche de pasión. A la mañana siguiente la pareja se despertó atrapada bajo la red que había fabricado el marido de Afrodita. Intentaron romperla, pero sin éxito. Hefesto, que no se había ido, llamó a todos los dioses para que constataran el comportamiento indecente de su mujer y de su amante. Algunas divinidades se tomaron el asunto de manera jocosa.

Zeus ordenó a Hefesto que los liberase e hizo prometer a Ares y Afrodita que no volverían a verse más. La diosa, avergonzada, se refugió en Chipre durante un tiempo. De la relación entre ambos nacieron varios hijos, de los cuales el más famoso de todos fue Eros.

Una vez retornada al Olimpo, Afrodita agradeció a Hermes el interés que había mostrado por ella pasando una noche juntos. De esa relación nació Hermafrodito, una persona con la cabeza, los pechos y el cuerpo de mujer y las partes sexuales de hombre. Su nombre es una mezcla de sus progenitores.

Las muestras de gratitud de Afrodita por la intervención de Poseidón dieron lugar a dos hijos en común. En otra ocasión mantuvo relaciones con Dioniso, el dios de la fiesta y el vino. De esta unión nació Príapo, un niño feo con un falo enorme.

Zeus, harto de que Afrodita jugara con las pasiones de las divinidades, decidió dar un escarmiento a la diosa y provocó que se enamorara apasionadamente de un mortal. El elegido fue Anquises, un héroe troyano. El apuesto pastor habitaba en el monte Ida. Mientras dormía una noche en su cabaña, Afrodita entró disfrazada de princesa y se acostó con él. Al amanecer le contó quién era realmente ella. Anquises se mostró violentado por esta revelación, pero la diosa lo calmó y le aseguró

que el hijo que tendrían sería famoso. Lo que no le dijo es que se llamaría Eneas y que tendría un papel importante en la futura guerra de Troya. Antes de partir, le pidió que mantuviera en secreto lo que había sucedido entre ellos.

Durante un tiempo guardó en secreto su relación, cumpliendo su promesa. Sin embargo, en un banquete con sus amigos, uno de ellos le hizo una pregunta traviesa que desencadenó consecuencias fatales para Anquises:

—Siempre estás hablando de tus amoríos con muchachas. ¿No preferirías acostarte antes con Afrodita que con cualquier mujer mortal?

—Pues no. Después de mis experiencias en ambos casos, debo decir que no.

Se hizo el silencio en la sala. Los compañeros no sabían si lo decía de verdad o era simple fanfarronería. Zeus, que había escuchado las presuntuosas palabras del joven, decidió que ningún humano dejaría en ridículo a un dios y envió uno de sus rayos para terminar con la vida del muchacho. Afrodita repelió el relámpago y salvó su vida. No obstante, el resplandor del rayo lo dejó ciego para siempre.

Las andanzas de Afrodita eran muchas y variadas. En otra ocasión, la esposa de Cíniras, el monarca de Chipre, se jactó de que su hija Esmirna era incluso más bella que Afrodita. La venganza de la diosa no se hizo esperar. Utilizó sus artes para que Esmirna se enamorara de su padre y se acostara con él. Antes procuró que Cíniras bebiera unas cuantas copas de vino para conseguir que se le nublara la cabeza y no fuera del todo consciente de lo que hacía.

Con el paso de las semanas, el rey acabó sabiendo que era el padre y, a la vez, el abuelo del crío que estaba esperando Esmirna. Cogió su espada y persiguió a su hija con la intención de

matarla. Cuando la había atrapado en lo alto de una colina y Esmirna ya no podía escapar a su funesto destino, intervino Afrodita y la convirtió en un árbol de mirra. El monarca partió en dos el árbol y de su interior surgió un crío, Adonis.

La diosa encerró al crío en un cofre y se lo envió a Perséfone, la esposa de Hades. Esta, cuando vio al bebé, se encariñó de él y se lo llevó a su palacio. El niño creció y se convirtió en un joven de extraordinaria belleza. La noticia llegó a oídos de Afrodita, y sin pensárselo fue a ver a Perséfone con la intención de llevarse al joven con ella. No fue del todo bien recibida.

—Divina Perséfone, he venido a llevarme conmigo al apuesto Adonis. No creo que el inframundo sea el lugar más adecuado para su belleza.

—¿Cómo te atreves, Afrodita? ¿No sabes que lo he criado yo como un hijo?

—¿Solo como un hijo? Me han llegado rumores que dicen que vuestra relación va más allá. —La insinuación de Afrodita era maliciosa, pero no errónea.

—Vendrá ahora la diosa del amor a explicarme qué está bien y qué no... Recuerdo una escena en el Olimpo que fue el hazmerreír de todas las divinidades. —El tono de la conversación iba subiendo y todo hacía presagiar que no acabaría bien.

—No querrás que le explique a tu marido Hades tu aventura con Adonis. ¿O sí? —La tensión se palpaba en el ambiente.

Las dos deidades se miraron a los ojos amenazadoramente y gritaron al unísono:

—¡Zeus!

El rey de los dioses dio un respingo en su trono celestial. Una vez más le pedían que mediara en una disputa entre dioses... ¡Estaba harto! Como ya había aprendido de experiencias anteriores, argumentó que él no estaba para dirimir disputas tan vulgares y

las envió a un tribunal presidido por la musa Calíope. Las musas eran las divinidades que inspiraban algunas artes.

El veredicto de Calíope sentenció que ambas tenían el mismo derecho a reclamar al joven, por lo que podrían estar el mismo espacio de tiempo con él. Sin embargo, también reconoció que Adonis debía disponer de un período temporal para descansar de las obligaciones amorosas que le imponían las dos diosas. Por así decirlo, de unas vacaciones. De este modo, cuatro meses los pasaría con Afrodita, otros cuatro con Perséfone y los restantes con quien él quisiera.

Afrodita no tuvo suficiente con lo acordado y se las ingenió para que Adonis estuviera con ella los meses de descanso. Cuando Perséfone se enteró, fue a ver a Ares, dios de la guerra y antiguo amante de Afrodita, para que la ayudara, pues era su protector y anteriormente siempre la había auxiliado. La indignación de Ares fue mayúscula:

—¿Dices que está locamente enamorada de Adonis? ¿De un simple mortal? No me lo puedo creer. No te preocupes, Perséfone, voy a poner fin a este romance.

Los celos llevaron al dios de la guerra a convertirse en un jabalí y a perseguir a Adonis por el monte hasta clavarle los colmillos y matarlo. Ahora le tocaría estar todo el año en el mundo de los muertos, con Perséfone.

La diosa del amor pidió, entre sollozos, comprensión a Zeus y este se ablandó: decidió que Adonis permanecería con Perséfone en el Hades durante los meses de otoño e invierno y el resto del año podría subir al mundo terrenal, con Afrodita.



El origen de las deidades, los doce trabajos de Hércules, el viaje de los argonautas, el laberinto del Minotauro, la guerra de Troya... son algunas de las historias con las que los antiguos griegos respondían a sus inquietudes, a sus preguntas sobre la vida y sobre lo que les rodeaba. Narraciones en las que se habla de amores trágicos, de venganzas terribles, de profecías espeluznantes o de castigos atroces, que enseñaban lecciones filosóficas y morales.

Las leyendas de los héroes y dioses que se narran en este libro nos transportan a un mundo imaginario lleno de aventuras y hazañas que, aunque fueron escritas en tiempos lejanos, resuenan aún en nuestro interior y siguen siendo inspiración e influencia en nuestra sociedad.

